



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

ECONOMISTAS ORTODOXOS Y HETERODOXOS

CLAUDIO KATZ

Enero 2010

ECONOMISTAS ORTODOXOS Y HETERODOXOS

Por Claudio Katz

En los últimos veinte años se registró un notorio aumento de la influencia de los economistas. Esta incidencia coincidió con el ascenso de la vertiente ortodoxa que reivindica la asignación mercantil de los recursos y promueve políticas neoliberales.

La creciente gravitación de la ortodoxia se consumó en desmedro de la heterodoxia, que objeta la supremacía irrestricta del mercado, reconoce la existencia de conflictos sociales y promueve significativas regulaciones del estado para compatibilizar la rentabilidad con las necesidades de la población.

El avance neoliberal también provocó un desplazamiento de los economistas críticos, que actúan en las organizaciones populares y de los marxistas, que impugnan el capitalismo. Esta última corriente no sólo cuestiona el régimen vigente, sino que propone erigir una sociedad emancipada de la ganancia, la competencia y la explotación.

El perfil de la ortodoxia.

La masiva incorporación de los economistas al empleo público a partir de la posguerra potenció su presencia en la esfera estatal. Este grupo profesional se especializó en el manejo de las estadísticas, la gestión de las empresas públicas y el control de los engranajes monetarios e impositivos. Posteriormente acrecentó su influencia en el mundo académico y a mitad de los 70 ya constituía el principal sector con cargos relevantes en el estado norteamericano.

Esta incidencia se extendió a escala global en los años 90, con el ascenso de varios economistas a la jefatura de gobiernos en múltiples países (Grecia, Turquía, Irlanda, Holanda, Taiwán, India). En América Latina y en el Este Europeo llegaron incluso a conformar un segmento preponderante entre los presidentes y los ministros. Todos los exponentes de esta-camada pertenecieron a la vertiente ortodoxa de la economía.

Esta primacía fue facilitada por la preeminencia de esa corriente en los organismos financieros internacionales. El FMI y el Banco Mundial se constituyeron en una referencia laboral, que definió durante décadas los patrones de consagración internacional de toda la

profesión. Entrenaron a sucesivas generaciones de economistas que accedieron a la cúspide del poder, en incontables países.

Este proceso fue a su vez facilitado por la generalización de ciertas técnicas y prácticas comunes a la actividad. El lenguaje matemático y el uso de modelos abstractos reforzaron un código excluyente de comunicación, que acentuó el perfil diferenciado que adoptaron los economistas.

Esta uniformidad afianzó también el predominio estadounidense. Los catedráticos de este origen han prevalecido en la obtención del premio Nobel y en el porcentaje de autores con reconocimiento internacional. El inglés se transformó en el idioma natural de una profesión, que reemplazó el viejo abordaje humanista por la formalización de todos los problemas¹.

Personal de atropellos.

Los economistas ortodoxos han gozado del favor de las clases dominantes por su aptitud para implementar la ofensiva del capital contra el trabajo. Asumieron rápidamente la conducción de medidas tendientes a dismantelar las conquistas sociales y no dudaron en instrumentar políticas descaradamente favorables a los acaudalados.

Esta convergencia con el establishment obedeció a la funcionalidad que presentan los argumentos de la ortodoxia para agredir sindicatos, recortar el gasto social y promover el desempleo. Ese libreto incluye todas las justificaciones requeridas para liquidar empresas públicas, destruir convenios laborales y vaciar los sistemas de previsión social. La concepción ortodoxa es una usina de ideas para descalificar las demandas sociales y publicitar el carácter inevitable de cualquier ajuste. Los principios de escasez son particularmente utilizados, para explicar la imposibilidad de satisfacer los reclamos populares.

Este servicio a los capitalistas ha sido disfrazado con la exhibición de un saber, que se considera indispensable, para el manejo de la economía contemporánea. Los ortodoxos identifican sus teorías con la racionalidad, la administración de la incertidumbre y el control de las crisis. Reivindican su capacidad para gestionar los mercados y anticiparse a los giros

¹Esta evolución es retratada entre otros por Coats A.W, 1996, Loureiro Maria Rita, 1996, Montecinos Verónica, Markoff John, 1994, Frey Bruno, Eichenberger Reiner, 1993.

de la oferta o la demanda. Pero nunca han corroborado esta jactancia con resultados prácticos y tampoco han demostrado el carácter irremplazable de sus conocimientos. Muchos expertos en administración han realizado, por ejemplo, el mismo tipo de tareas que supuestamente monopolizan los especialistas del neoliberalismo.

El aura de sabiduría que rodea a la ortodoxia fue incentivada por los medios de comunicación, que convirtieron al economista en un profeta de lo que sucederá. En los hechos estos personajes acumularon un récord de fallidos, ya que su capacidad para comprender los procesos productivos, financieros o comerciales es muy limitada. Han sido adiestrados para evaluar variables fiscales o monetarias de corto plazo o para estimar las políticas adecuadas para cada fase del ciclo. Pueden acertar o fracasar en esa intervención, pero son totalmente incapaces de formular diagnósticos de largo plazo.

Muchos economistas neoliberales sustituyeron a los políticos de carrera en el manejo de altos cargos de la administración estatal. Este reemplazo recreó el ideal de tecnocracia, que a principios del siglo XX era acaparado por los ingenieros, presuntamente más fieles a la ciencia que a la política. Los economistas también desplazaron a muchos abogados de la gestión pública y aspiraron a ocupar el lugar dominante que tuvo el clero durante la formación del estado moderno.

Este protagonismo se explica, en parte, por su pertenencia a una elite cosmopolita mundial, que trabaja en empresas transnacionales y organismos multilaterales. La crema de los economistas ortodoxos integra el personal globalizado que vive en un micro-mundo de bienestar, desplazándose de un país a otro. Esta actividad los familiarizó con los negocios globales y les permitió desplazar a otras profesiones más conectadas con las especificidades locales.

La generalizada creencia en la aptitud de los economistas para dirigir cualquier destino nacional se asentó en el clima de furia competitiva, mercantilización de la vida social y endiosamiento de la ganancia que dominó en las últimas décadas.

Bajo el comando ortodoxo todo el campo de los economistas afianzó su dependencia del poder empresario y perdió autonomía frente a las necesidades inmediatas de las clases dominantes. Se consolidó un ámbito cerrado, que no discute el reinado del mercado, ni las ventajas de la competencia

Esta estructura reforzó, a su vez, todos los filtros requeridos para garantizar la gestión capitalista del estado, mediante la exclusión de los indisciplinados (o el bloqueo de su ascenso a los niveles de decisión). Los ortodoxos han preparado y seleccionado en las últimas décadas, el personal que necesita el sistema para asegurar su reproducción².

Naturalismo mecanicista.

Los economistas neoclásicos han exportado sus criterios analíticos de maximización al pensamiento jurídico y político, a la teoría de la comunicación y a la sociología laboral. Esta colonización contribuyó a reforzar su autoridad.

Pero los instrumentos que expandieron a tantas áreas de la teoría social, constituyen en realidad simples modalidades de evaluación. Permiten esquematizar procedimientos de selección de la alternativa más conveniente, entre un conjunto de opciones. El manejo de estas herramientas no es de ninguna manera el objeto de la economía, que debería estudiar el funcionamiento y las contradicciones de los distintos sistemas económico-sociales.

Al circunscribir todos los análisis a ejercicios de optimización, los ortodoxos se entrenaron en la elección de alternativas de inversión, ahorro o consumo. Saben indagar “qué ocurre con x cuándo algo sucede con y”, pero no pueden identificar ninguna regularidad o desequilibrio significativo del capitalismo.

Con su énfasis en estudiar relaciones funcionales –dentro de ciertas restricciones- han propiciado la asimilación de la economía con las ciencias naturales. Esta asociación reforzó la aureola de rigor que rodea a esta disciplina, en comparación con las restantes ciencias sociales. Este privilegio se afianzó con el reinado de la formalización y el abuso de sofisticados modelos matemáticos para encarar cualquier reflexión.

Por ese camino la teoría económica se desconectó del estudio de procesos sociales, que difieren de la investigación en ciencias duras por la ausencia de distancia cualitativa entre el sujeto y el objeto de análisis. El economista -al igual que el sociólogo, o el historiador -se encuentra directamente involucrado con las conclusiones y recomendaciones que surgen de sus diagnósticos.

Los ortodoxos desconocen este condicionamiento y defienden una postura naturalista heredada de Walras, Arrow y Debreu. Razonan imaginando una tendencia espontánea hacia

²Utilizamos la noción de campo en el sentido de Bourdieu, Pierre, 1976, Lebaron Frédéric, 2000.

el equilibrio general, que impide investigar cualquier suceso de la realidad. Adoptan un punto de partida particularmente inútil, para indagar un sistema tan inestable como es el capitalismo. La forma de soslayar este obstáculo es la construcción de modelos sostenidos en sucesivas premisas (“supongamos que...supongamos que”). Plantean, además, respuestas fantasiosas a problemas imaginarios.

Con sus criterios de optimización, los walrasianos estiman que todos los participantes del mercado están dotados de facultades supra-humanas. Conocen siempre sus preferencias, cuentan con plena información y manejan con total certidumbre lo que sucederá en el futuro (o su equivalente en probabilidades).

Este requisito conduce a incontables incoherencias lógicas (por ejemplo, partir de preferencias independientes del contexto) y a variadas paradojas, que la ortodoxia intenta resolver introduciendo una excepción tras otra (segundo mejor, externalidades, rendimientos crecientes, etc). Pero ninguna de estas correcciones puede enmendar los problemas de una teoría, que concibe a los sujetos como robots auto-programados, en una trayectoria hacia el equilibrio. El hábito de dictaminar “si el modelo es o no consistente” conduce a olvidar el sentido de lo que se está evaluando.

Los neoclásicos presumen conocer la ingeniería del sistema económico y se atribuyen la capacidad para controlar su marcha, reemplazar piezas defectuosas y decidir la conveniencia de uno u otro ajuste. Para subrayar el carácter inexorable de cierta política suelen recurrir a las comparaciones con la naturaleza. Proclaman que ignorar una restricción del mercado equivale a evadir la ley de la gravedad (como el “desempleo natural”). También enuncian principios fatalistas (“si baja el desempleo sube la inflación”, “si suben los salarios cae la productividad”), que apuntan a justificar la dominación de los capitalistas³.

Fundamentos neoliberales

La ortodoxia también se apoya en los conceptos neoliberales que desarrolló la vertiente austriaca de la economía neoclásica. Esta corriente surgió a fines del siglo XIX con Menger y Bohm Bawerk y se afianzó entre los años 30 y 50 con Hayek y Von Mises. Postuló una fanática impugnación del socialismo y una crítica frontal al estado de bienestar keynesiano.

³ Un análisis de estas incoherencias presentan: Fine, Ben, 1997, Guillen Romo Héctor, 1997 (cap 1, 2, 3).

Esta prédica tuvo escasa repercusión hasta el resurgimiento neoliberal de las últimas dos décadas

Sus voceros favorecen explícitamente la ampliación de las desigualdades sociales, la subordinación de la democracia a la propiedad y el reforzamiento de la supremacía irrestricta del mercado. Revindican modalidades extremas de competencia, argumentando que aleccionan al consumidor y alientan la innovación del empresario.

A diferencia de la vertiente walrasiana, la escuela austriaca reconoce el carácter incierto de la inversión, la imperfección de la racionalidad individual y la fragilidad de las preferencias de los consumidores. Pero no deduce de estas dificultades la necesidad de regular los mercados. Al contrario, propone liberar el juego de la oferta y la demanda de cualquier interferencia, subrayando el carácter natural del orden mercantil y el efecto positivo del darwinismo social.

Con estos criterios se oculta que el mercado no es una institución atemporal. Opera como instrumento del capitalismo para la explotación del trabajo asalariado. Todas las imágenes idílicas del mercado han sido periódicamente demolidas por los desajustes cíclicos que caracterizan al capitalismo. Estos desequilibrios se manifiestan en los distintos terrenos de la producción y el consumo, la acumulación y el ahorro o la ganancia esperada y obtenida.

La competencia compulsiva que predomina bajo este sistema no facilita el progreso colectivo. Al contrario, desemboca en traumáticas situaciones de sobreproducción y derroche social. El patrón de la rentabilidad que regula al capitalismo provoca desempleo, pobreza y explotación. Obliga a los asalariados a vender su fuerza de trabajo y a puro beneficio de las minorías privilegiadas.

Esta realidad es encubierta con las supersticiones que rodean al imaginario de la “mano invisible”. Con una literatura que bordea el ridículo, se extiende a todos los individuos la figura de un “agente”, construido en torno a la conducta del empresario. De esta extrapolación surgen todas las fábulas de obreros eligiendo puestos de trabajo. La equiparación de todos los “agentes” en un sistema asentado en la desigualdad social es tan absurda, como la exaltación de la “soberanía del consumidor” como determinante de la demanda. Los neoclásicos ni siquiera registran, que el dilema de ahorrar o invertir es completamente abstracto para quienes carecen de ingresos significativos.

La ortodoxia generaliza conclusiones a partir de un arbitrario modelo de acciones individuales, que proyecta a todos los actores económicos. Convierte en un dato colectivo lo que presume aceptable para una persona. Por esa vía ignora el condicionamiento social que caracteriza cualquier elección bajo el capitalismo.

Estos conceptos persiguen el propósito definido de reforzar la ideología que necesita la clase dominante para agredir a los trabajadores. Con ese objetivo se difunden creencias que naturalizan el desempleo, universalizan la lógica del mercado y glorifican el egoísmo individualista, a partir de una mitología de la conducta del consumidor o el accionista.

La ortodoxia neoclásica ha inspirado la exigencia monetarista de recortar la emisión, cuándo contribuye a reforzar la disciplina social. Siempre alienta medidas impositivas de carácter regresivo y ha difundido la actitud reverencial hacia los mercados, que propone la teoría de la “anticipación racional”. Esta visión recomienda beneficiar activamente a los capitalistas, atribuyendo a este grupo poderes imbatibles para neutralizar cualquier medida adversa a sus intereses. Con ese presupuesto se promueve satisfacer en forma inmediata cualquier pedido de los acaudalados.

Los economistas neoliberales ignoran los desequilibrios que genera la competencia y atribuyen cualquier perturbación del capitalismo a causas externas a este sistema. Con esta mirada han intentado bloquear en el ámbito académico, todas las líneas de investigación conflictivas con los intereses de las clases dominantes.

Ciudadanos y científicos sociales.

La heterodoxia rechaza la teología neoliberal, reconoce la existencia de conflictos sociales y propone armonizarlos a través de un consenso institucional. Busca conciliar distintas alternativas económicas y estima que la sociedad puede seleccionarlas a través del voto. Atribuye a este mecanismo político, una significativa capacidad para contrabalancear el poder de los acaudalados. En oposición a la defensa ortodoxa del agente y del mercado, reivindica el compromiso con la ciudadanía y el estado. Rechaza el mito de la neutralidad profesional y acepta que los economistas están involucrados con los intereses de los distintos grupos sociales⁴.

⁴ Estos enfoques son analizados por Samuels, Warren, 1995, Ingham Geoffrey, 1996, Heilbroner Robert, Milberg William, 1998.

Pero este planteo no registra la división de la sociedad en clases antagónicas y la concentración del poder en manos de los capitalistas. Aunque el economista pueda difundir los costos y beneficios de cada alternativa en juego, los márgenes de elección de las mayorías permanecen invariablemente acotados. La propiedad privada de los medios de producción pone límites muy estrictos a cualquier decisión popular, que afecte los intereses de las grandes empresas.

Con un criterio institucional los heterodoxos rechazan acertadamente la fantasía neoclásica del individuo soberano, que optimiza alternativas. Pero recaen en una ilusión equivalente, al suponer que la ciudadanía decide libremente el rumbo de los procesos económicos, a través del voto. Olvidan que la “opinión de los mercados” (es decir de las grandes corporaciones) determina en los hechos el curso de la producción y la finanzas.

La heterodoxia también objeta el status privilegiado de la economía frente a otras ciencias sociales. Cuestiona especialmente el abismo que han introducido los neoclásicos con esas disciplinas y busca reconstituir un campo colectivo de científicos sociales. Pero el logro de este objetivo requiere registrar como la economía se encuentra bajo custodia permanente de la burguesía, que utiliza esta área del saber para reforzar su dominio sobre la sociedad y el estado.

Los heterodoxos ignoran este condicionamiento y no observan la influencia que tienen las distintas cosmovisiones ideológicas y puntos de vista de clase, en las miradas que adopta cada grupo de economistas. Cómo no perciben la función estratégica que cumple esta actividad en la dominación capitalista, tampoco logran registrar las serias limitaciones que enfrenta este campo para desenvolver la investigación genuina.

Marx subrayó estos condicionamientos en su contraste entre economía política y economía vulgar. Estableció una distinción cualitativa entre Ricardo y Say, que podría extenderse a Keynes, Schumpeter o Sraffa frente Milton Friedman, Samuelson o Lucas. Este corte no es cronológico, sino conceptual. La división entre intérpretes rigurosos y observadores superficiales del capitalismo se ha replanteado una y otra vez. Un grave problema de la heterodoxia actual radica en la escasa gravitación que tienen los continuadores de la vertiente científica.

Escuelas y problemas

La heterodoxia reúne a diferentes corrientes que reivindican la determinación institucional de la economía, la existencia de imperfecciones del mercado y la centralidad de la incertidumbre. Presenta a las instituciones como creaciones histórico-sociales que han precedido a los mercados y resalta la existencia de una gran variedad de agentes. Esta concepción ha nutrido el estudio schumpeteriano de la innovación, el análisis regulacionista de los modelos de trabajo y la analogía evolucionista del cambio económico con los procesos de selección natural⁵.

Cada una de estas corrientes ha contribuido a esclarecer aspectos del funcionamiento contemporáneo del capitalismo (transformaciones tecnológicas, volatilidad del capital financiero, comportamiento de las firmas, modalidad del proceso laboral, metodología de la economía). Pero ninguna analiza este régimen social cómo un sistema históricamente transitorio, sujeto a contradicciones que socavan su continuidad.

La heterodoxia generalmente retrata las modalidades productivas vigentes en cada país (o período histórico), pero no interpreta adecuadamente cómo se genera y distribuye el beneficio. Contextualiza la investigación, pero omite el problema de la explotación, que es el rasgo central del capitalismo. Alude permanentemente al marco político, las tradiciones culturales o las condiciones técnicas de los acontecimientos económicos, pero nunca habla de la plusvalía extraída a los trabajadores.

Esta omisión le impide discriminar entre los fenómenos decisivos y secundarios del proceso de valorización. Ignora, por ejemplo, que los derechos de propiedad son más estratégicos que la regulación de la competencia para la reproducción del capital. Olvida que el control del proceso de trabajo es más vital que las reglas impositivas, para asegurar la continuidad de la acumulación. Tampoco distingue los procesos necesarios (explotación) de los contingentes (monopolio) y los fenómenos determinantes (procesos productivos) de los determinados (sucesos), para el proceso de reproducción del capital.

Cada vertiente heterodoxa enfatiza alguna peculiaridad del capitalismo, pero todas evitan investigar la fuente del beneficio. Estudian las instituciones, pero no su carácter de

⁵ Varios aspectos de esta escuela son tratados por Barceló Alfons, 1992, Bunge, Mario, 1982, Sapir Jacques, 2000.

clase. Analizan la distribución del ingreso, pero no la apropiación del trabajo excedente. Investigan el beneficio, pero no su fundamento en la explotación.

La heterodoxia asigna un papel protagónico a diversos agentes colectivos (clases, comunidades, asociaciones, actores), pero desconoce que la acumulación no emerge espontáneamente de cualquier agregación humana. Ignora que las clases dominantes y dominadas cumplen un rol estratégico en los procesos de trabajo y valorización. Al establecer una indiscriminada variedad de configuraciones sociales, equipara todos los conflictos y naturaliza las relaciones capitalistas. Por eso diluye el rasgo central del sistema, que es la apropiación patronal del valor excedente creado por los asalariados.

Los modelos heterodoxos no explican las causas, tendencias y sentidos del desarrollo capitalista. Se limitan a detallar cómo las firmas desenvuelven sus intercambios con el medio ambiente (evolucionistas), cómo los empresarios modifican sus prioridades de ahorro e inversión (keynesianos) o cómo las instituciones se adaptan a las condiciones de productividad en la acumulación intensiva (regulación).

Ciertamente la heterodoxia retoma el abordaje de la economía política y busca complementar reflexiones analíticas con estudios históricos. Reconoce que en la investigación económica no es posible aislar los fenómenos para su observación, ni recurrir a la experimentación en gran escala. Pero este intento de reintegrar la economía a las ciencias sociales, no alcanza para lograr una comprensión integral del capitalismo. Con la formulación de leyes sociales, la enunciación de principios sistémicos o la descripción de mecanismos de evolución, no se esclarecen las leyes del capital.

Críticos y marxistas

Los economistas críticos agrupan a todos los objetores de los mitos neoclásicos, denuncian los atropellos empresarios y desenmascaran la realidad del capitalismo. Esta vertiente aglutina a los adversarios frontales de la ortodoxia y a muchos opositores de la ilusoria conciliación que pregona el institucionalismo.

Los críticos reconocen que el economista no puede situarse por encima de los antagonismos sociales. Debe ubicar su acción en el bando de los oprimidos o de los opresores. Esta aceptación de los intereses sociales en juego, los induce a descartar la

postura del observador neutral. Por esa razón participan activamente en todos los ámbitos pluralistas que permiten cuestionar el status quo.

Los antecedentes de esta corriente crítica pueden rastrearse en los socialistas ricardianos, que en el siglo XIX erigían sindicatos y denunciaban la explotación. Otro precedente son los socialistas utópicos, que imaginaban sistemas de organización social superadores del capitalismo. Durante la segunda mitad del siglo pasado, la vertiente crítica fue alimentada por el keynesianismo radical y por las corrientes que propiciaron redistribuir en forma progresiva el ingreso. Los radicales norteamericanos y la izquierda regulacionista francesa retomaron esta tradición en las últimas décadas⁶.

Los marxistas constituyen el sector más estructurado y consecuente de la economía crítica. Se ubican explícitamente en el campo de los asalariados, orientan su trabajo intelectual hacia los problemas de la clase trabajadora y defienden un proyecto socialista. Promueven no sólo la defensa de las conquistas sociales, sino también la construcción de una sociedad liberada de la explotación y la desigualdad.

Los marxistas propician la confluencia de la elaboración teórica con la práctica militante. Esta fusión de intelectual, economista y político socialista -que inauguró Marx- fue seguida en la primera mitad del siglo XX por muchos pensadores, que desarrollaron su actividad en las organizaciones de izquierda (Luxemburg, Bujarin, Hilferding, Rubín, Preobrazhensky).

Posteriormente comenzó un entrecruzamiento con la vida académica que generó otras combinaciones de militancia, labor intelectual independiente e inserción universitaria. Algunos autores mixturaron estas tres actividades (Mandel, Sweezy, Dobb) y otros optaron por actuar en un ámbito específico (Grossman, Rosdolsky, Mattick, Braverman). Esta variedad de caminos ha perdurado hasta la actualidad⁷.

La aceptación de la economía marxista sufrió un severo golpe con el derrumbe del denominado “socialismo real”. La gran expectativa que despertaba esta corriente en los años 70 se transformó en un rechazo frontal, que incluyó la resurrección de actitudes maccartistas.

⁶ Ver Guerrero Diego, 1997.

⁷ Ver: Howard, M.C., King J.E, 1992, Vol. II.

Pero esa etapa reactiva tiende a disiparse y el estudio de Marx recobra relevancia. La ruptura con el pensamiento dogmático que caracterizó al marxismo oficial de los “ex países socialistas” y la creciente inclinación de esta escuela a reflexionar sobre su propio objeto teórico contribuyen a esta revitalización.

Singularidades teóricas.

Muchos economistas críticos han intentado combinar nociones de marxismo y heterodoxia radical. Han recurrido a esta mixtura para indagar las etapas del capitalismo con enfoques sistémicos, que jerarquizan la gravitación de la dinámica reproductiva del capital.

Pero este ensamble no toma en cuenta que el marxismo propone un abordaje de la economía, distinto y superador de la heterodoxia. La corriente inaugurada por Marx pretende esclarecer el origen, las contradicciones y la evolución histórica del capitalismo. Busca explicar las diferencias de este sistema con otros modos de producción y analiza las leyes sociales como una conjunción de tendencias y contra-tendencias. Estudia siempre estos procesos en cierto marco de la lucha de clases. Con este enfoque pretende descubrir fundamentos del proceso económico, que no pueden captarse con ningún estudio centrado en la plasticidad o rigidez de las instituciones.

La investigación de las leyes del capital parte de una caracterización objetiva del valor. Esta visión atribuye al trabajo socialmente necesario para la producción de las mercancías, un papel determinante en la formación de los precios y la ganancia. Estudia el proceso de acumulación, indaga la extracción de plusvalía y retrata su conversión en capital, interpretando-el beneficio cómo un resultado de este proceso-

El marxismo considera que esta lógica objetiva de la reproducción -basada en la competencia por el lucro- conduce a crisis periódicas y a situaciones de irracionalidad general. Observa cómo el proceso de acumulación genera desequilibrios sistemáticos y desconexiones crecientes entre el beneficio y las necesidades sociales. Además, atribuye la crisis al funcionamiento intrínsecamente contradictorio del capitalismo y no a episodios naturales, impericias gerenciales o desaciertos gubernamentales.

Todos los economistas críticos cuestionan el orden existente y batallan a favor de las reivindicaciones populares. Pero los marxistas acompañan esta acción con un análisis del modo de producción vigente y una caracterización del antagonismo que opone al capital

con el trabajo. Captar la centralidad de este conflicto es vital para comprender la dinámica del capitalismo.

La atención a la confrontación clasista permite un enfoque radicalmente distinto, a la descripción heterodoxa de grupos favorecidos o afectados por el impacto de las variables económicas. La óptica marxista no se limita al retrato del conflicto social. Remarca el protagonismo de las clases oprimidas y explica por qué razón este sector representa el único sujeto capacitado para erradicar el capitalismo.

El marxismo no forma parte de la heterodoxia. Comparte preocupaciones y asimila sus aportes de esta corriente, pero polemiza con sus fundamentos y conclusiones. Las teorías clásicas del imperialismo (Lenin), del capital financiero (Hilferding) o de las crisis de realización (Luxemburg) adoptaron, por ejemplo, nociones claves de autores prekeynesianos (Hobson). Pero reinterpretaron estas ideas y elaboraron conceptos novedosos y singulares.

Esta absorción, crítica y superación del pensamiento heterodoxo ha estado presente en todas las reflexiones de la economía marxista durante el siglo XX. Un recorrido por varios temas cruciales confirma esta diferenciación.